

La Creatura

Antología del Taller de Creatividad Literaria

Crea-tura (2024 – 2025)



Willian Ramírez
(Compilador)



La Crea-tura

Antología del Taller de Creatividad Literaria

Crea-tura (2024 – 2025)



Willian Ramírez
(Compilador)



Serie Literatura - N°4

La Creatura - Antología del Taller de Creatividad
Literaria Crea-tura (2024 – 2025)
© *Willian Ramírez (Compilador)*

Por la 1ra Edición:
© Fondo Editorial Ramón Villegas Izquier
Asociación Civil Colectivo Literario “Ramón Villegas Izquier”
San Carlos - Venezuela

fondoeditorialramonvillegasi@gmail.com

Coordinación General:
Johnny Figueroa

Edición y Diseño:
Eduardo Mariño

Corrección:
Johnny Figueroa

Portada:
Fotografía digital de Willian Ramírez

ISBN 978-980-8187-03-8
Depósito Legal: CO2026000010

*A los creadores del pasado y del presente
que han contribuido a acrecentar nuestra creatividad.*

*A los creadores que creyeron y crecieron
con nuestra creatura para convertirse en Creaturadores.*

Al Creaturador universal.

*A nuestra Compañera de taller, la Docente y Poetisa María Abreu.
Eterna en la memoria del Dios verdadero y en las páginas de esta antología*

“La Literatura es el arte de hacer creer a los demás que se está diciendo por primera vez lo que ya se ha dicho antes”, esta conocida reflexión literaria que fue escrita por el ensayista, crítico y poeta español José Bergamín, nos recuerda un lugar común que hemos escuchado a varios autores a lo largo de los años: “Ya todo está escrito”.

Lo cual es cierto desde el punto de vista de que toda temática que alcancemos a escribir ya ha sido tocada por otros autores, especialmente en épocas antiguas; tenemos por ejemplo el amor imposible (Romeo y Julieta), el heroísmo y los superhéroes (La Ilíada), la creación de seres (el Popol Vuh), la creación del mundo (La Biblia), un viaje de insólitas aventuras (el Poema de Gilgamesh), el realismo mágico (Las mil y una noches), el incesto (Edipo Rey), la realidad relativa (Alicia en el país de las maravillas), el héroe ridiculizado (Don Quijote), la magia y el mundo medieval (El Rey Arturo), Ciencia Ficción (Frankenstein), viajes espaciales (De la tierra a la luna), Robots e inteligencia artificial (Rossum’s Universal Robots de 1920); basten estos ejemplos para ilustrarnos que prácticamente cualquier tema posible ya ha sido tratado anteriormente en cualquier formato o estructura textual.

Pero también podríamos decir que hay una forma de escribir “por primera vez” sobre cualquiera de las propuestas temáticas ya señaladas, esa forma o herramienta de escritura responde, como nombre, al sustantivo creatividad; pues solo siendo creativos, agregando nuevos elementos narrativos o innovando las estructuras, aportando nuestro toque personal, podemos hacerle creer a nuestros lectores o al menos hacerle olvidar que la base de nuestra historia ya ha sido infinitamente expuesta por nuestros predecesores.

De allí que a partir de esta premisa se diseñó y puso en práctica el Taller de Creatividad Literaria Crea-tura; tratando de hacer un aporte significativo a quienes ya venían ejerciendo, de manera edita o inédita, el noble arte de la escritura literaria.

Razón por la cual originalmente se contactó para el primer taller, durante el año 2024, a escritores que ya tuviesen un libro publicado o estuviesen en el proceso de escribir su primera obra, sin embargo, ocurrieron dos cosas que cambiaron un poco esa primera intención.

La primera fue que la mayoría de quienes me habían manifestado, en algún momento de los últimos años, que deseaban una orientación o ayuda para ese proceso creativo de sus primeros textos, resultaron estar muy ocupados para el momento y el horario de la ejecución del taller (jueves en las tardes y sábados en la mañana); la segunda vino como resultado de que se corrió la voz entre jóvenes y personas, que aunque tenían el deseo y la práctica empírica de la escritura, nunca habían tenido contacto con ningún elemento personal o institucional del mundo literario.

La consecuencia de lo anterior fue que nuestro taller Crea-tura se conformó en el año 2024, mayoritariamente por escritores y jóvenes que aun no habían publicado, esta tendencia se mantuvo para el año 2025; resultando ser no solo un par de experiencias enriquecedoras para mí como tallerista sino también evolutivas y de crecimiento literario, personal, emocional y hasta social, para los participantes, sobretodo para los más jovencitos.

Participantes que para el momento oscilaban entre los 12 y los 60 años, desde jovencitas que iniciaban en el Liceo hasta Profesionales ya jubilados, desde personas que anhelaban compartir en público por vez primera sus textos hasta escritores con libros publicados en Amazon, desde quienes se habían acercado como acompañantes de otros y se quedaron permanentemente hasta los que incluso ya venían compartiendo experiencias li-

terarias (talleres, recitales, presentaciones de libros, ferias) hace más de 20 años.

Por el contrario de lo que se pudiera pensar esta variada expresión de personalidades, antecedentes y aparente brecha generacional no resultó en obstáculos, distancias ni barreras de comunicación para el buen desarrollo del curso, sino que se transformó en un interés sincero no solo de aprender tanto del contenido del taller como también de la experiencia, la forma de escribir y el contexto social del otro; una familia literaria que se mantuvo muy unida durante el tiempo que se impartió la instrucción (2 meses en el 2024 y 4 meses en el 2025) y que aun mantiene cierto contacto.

De acuerdo a la diversidad de los interesados se decidió impartir un poco de todo en el sentido literario y gramatical: ortografía, sintaxis, imágenes sensoriales, recursos literarios, tiempos narrativos de la historia y arquetipos; aparte de los ejercicios constantes de creatividad: generar un cuento a partir de tres títulos de libros diferentes, cambiarle el final a un cuento clásico o reescribirlo por completo, generar un cuento a partir de una fotografía, escribir una historia que incluya el nombre y características de un compañero del taller, inventar las características de un personaje entre todos y escribir sobre él, inventar una historia sobre el contenido de una caja en medio de la mesa, escribir rápidamente un texto corto en el pizarrón que incluya tres palabras elegidas por los demás, elegir 10 personajes de entre 50 para refundar el mundo y escribir sobre la refundación, escribir historias basadas en los dibujos de Rachel (una participante y excelente dibujante), entre muchas otras actividades.

No podemos dejar a un lado los cadáveres exquisitos que desde el primer día los escritores decidieron rebautizar como “nacimiento espectacular”, los cuales hacíamos para terminar cada sesión del taller e incluso en varias oportunidades los hicimos, no de líneas, sino de un párrafo por participante, resultando ser sorprendentemente coherentes y divertidos.

Para finalizar este corto preludio no queda más que agradecer a todos los que han aportado de alguna forma a la creación, desarrollo y consolidación del Taller de Creatividad Literaria Crea-tura, entre ellos el bibliotecólogo Alberto Orcial, Director de la Biblioteca Pública Central Andrés Bello durante el primer taller del 2024; el profesor José Albizu, Director de la Biblioteca Pública Central Andrés Bello durante el segundo taller del 2025, todo el personal administrativo y obrero de esa noble institución durante esos años, a la Presidenta del IRCEC, nuestra amiga y licenciada Karina Coello y al Fondo Editorial Ramón Villegas Izquier por cristalizar la publicación de esta Antología.

Sin mayores adornos he aquí una muestra de nuestros productos y esfuerzos de esos años, ordenados creativamente al azar, los cuales presentamos para el disfrute de los amantes de la lectura y a la vez para el estímulo de quienes quieran aproximarse a nuestro taller, también con la esperanza de la futura creación de un grupo literario y artístico, ahora con sede en la Oficina de Cultura de la UNE-LLEZ-VIPI y la tutela de la Unidad de Patrimonio y El Libro de esa máxima casa de estudios cojedeña.

Willian Ramírez

Mariángel Herrera, 22 años

Estudiante de Licenciatura en educación mención inglés,
ejerce la docencia en dicha área

Un cuento que nunca terminé de escribir

La noche que lo conocí, un augurio se posó en mí: Uno de los dos deberá morir.

Esta noche la luna se asemeja a tu calavera, los árboles danzan a través del viento que arroja mis entrañas y tintinea la luz de la lámpara de gasolina, tímida, al estar entrelazada entre mis dedos.

Camino por el sendero fúnebre que marcará mi destino. Y entre la maleza te miro; muy perdido en el horizonte.

Predijo el destino el desenlace trágico de nuestra historia, un agosto.

Entonces vagué hacia ti con el puñal cerca de mi latir.

La luna permitíase esconderse del sacrificio entre las nubes; la laguna refleja la tristeza en tus luceros y aunque yo me refleje en ella, no me encuentro.

Pues nuestro amor era el fin de uno.

Así, a mis espaldas, al encontrarte; toqué tu hombro.

Y cuando mis dedos rozaron tus fibras... Moriste.

El Navío

Hubo un día.

Un día como cualquier otro. Un día en el que el reflejo del sol se negó a regocijar la ropa tendida tras la tempestad. Un día en el que las olas se negaron a tocar a su puerta; una puerta que no sintió necesidad de abrirse más para que visitara el mar. Un mar que lloraba, pues sus pies se negaron a palpar la arena. La arena, en cambio, había abrazado su corazón.

Las medusas ya no flotarían junto a ella. El Leviatán ya no conocería el frenesí de su respirar al mostrarse ante ella.

Ella ya no sentía interés por sus sueños de sumergir su valentía en una exploración oceánica ni de enfrentarse a la braveza del mar o a los piratas. Había elegido, pues, que el moho consumiera su carne joven, pensando que si proseguía allí, envuelta en la manta más cómoda de aquella choza, con los ápices de oxígeno absorbiendo hasta las cenizas del fuego que la arropaba, escucharía la imaginación de su hermano murmurar:

“Tu cuerpo se cubrirá de piedra desde la punta de los pies hasta toparse con el último de tus cabellos. Pronto, las anémonas cubrirán también tu cuerpo inerte, como diciendo: ¡Aquí hubo alguien que soñó -que soñó que amaba- pero nunca logró alguno de sus sueños!”.

Ante el recuerdo, la comisura de sus labios quiso forjar una sonrisa.

Intentó no reír. Intentó no llorar. El silencio, por el contrario, invadió sus cavilaciones. Supo, entonces, que su hermano estaba en cualquier lugar, excepto ahí.

Se removió entre la tela y los escombros de la habitación en un intento por percibir algo a través de la transparencia de la cobija. La alzó con ligereza... y la vio cercana: La

Sombra errante, encorvada la montaña que era su joroba, en sus cóncavas olas de melancolía quizá semejantes a la propia, le recordaron: Él no regresará.

No regresarán a toparse junto a él las gaviotas de la playa; no regresará su nombre, su sal aroma o más que algunos recuerdos añejos de tanto pensarlo.

Suspiró, un mechón de cabello de espuma y perlas, dejó de acompañar a su frente y se dijo a sí misma que los crepúsculos como aquellos parecían mortíferos para los perdidos de esperanza. A oscuras como en aquel paraje, girasoles se negarían a embellecer, y ella no sería la excepción.

Aunque La Sombra que la acompañaba tras los paraderos pasara de solo evaporarse tal cual el hollín a tomar diferentes formas —un gato escurridizo entre sus brazos, un pez que andaba en el aire e incluso un pirata temerario; siempre dispuesto a saltar en busca del peligro, siempre y cuando ella levantara el rostro en algún instante— había perdido todo son de ánimo.

Los Olvidados

El ferrocarril vagaba lento sobre los rieles oxidados. Dentro del vagón, nadie hablaba.

El oxígeno pesaba en los pulmones, y los hilos de aire que escapaban por los labios eran más espesos que la niebla de la metrópoli. Victoria cerraba los ojos mientras el resto de los pasajeros permanecían despiertos, atentos, pues sabía que su desdicha perseguiría a las sombras del entorno aunque las ignorara. Aun con sus pestañas rozando su piel, casi tan incolora como el vapor contaminado de cada rincón de la olvidada ciudad; percibía lo que ellos no.

De la espesura emergían seres que habitaban con ellos desde antes de su nacimiento: alargados, con ojos —si es que tenían— grandes, abiertos de par en par y acechantes. Vigilaban a los humanos porque eran la amenaza que había gobernado el mundo en tiempos de antaño; y cuando aquellas criaturas se acercaban, su ropaje se movía al son del viento que parecía, más bien, reír sin cesar. Los vellos de su cuello perseguían aquel frío; pese a que una chaqueta similar a las aceitunas pasadas cubriera parte de sus brazos. Ajustó los tirantes de cuero sobre su blusa blanquecina, sin siquiera atreverse a observar cómo su falda, desgastada y desteñida como solo su pasado podía serlo, era agitada por aquel viento que consideró casi espectral; moviendo la tela donde reposaban patrones de peonías decididas a emanar recuerdos de una niñez que pasaba tan pronto como aquel tren por las más diferentes estaciones.

Ella resultaba como las páginas de un libro que nadie había terminado de leer, pues esperó la soledad del ferrocarril, a fin de desprenderse de él solo cuando llegara a la última estación: Los rincones de La Ciudad Extraviada. Y ningún ser humano atento a sus pasos podría comprender hacia

dónde se dirigía, más que sí misma.

Las cadenas doradas de su cinturón tintineaban cuando sus botas negras transitaban por encima del lodo y se hundían allí como si algo quisiera detenerla.

¿Estaría en lo correcto al desobedecer las órdenes de sus hermanas?

Creía que no, y aunque su pensar divagaba mientras se erguía ante ella, un recinto escondido entre las sombras; deseaba perseverar ante sus creencias; porque en una existencia donde las grandes máquinas a vapor tosían ya oxidadas tras tantas exhalaciones, donde podías ser inventor, científico e incluso explorador, ¿se miraba de reojo a los expuestos a horas de residuos de hollín que los abarrotaba de características consideradas inhumanas!

Dio un pisotón que pudo haber hecho temblar las órbitas con el enojo que había residido en su corazón tras aquella cavilación, sino fuera porque pisó algo distinto, como una carne temple incrustada a la maleza del suelo, como inmóvil..., como muerto.

¿Era acaso un humano?

Leidys Cabrita, 18 años
Estudiante del tercer semestre de Licenciatura
en Educación mención Inglés

Destellos

Dulce atardecer lleno de destellos de oro, ese fue el pensamiento cuando nos conocimos, sin embargo hoy me encuentro solo, mi corazón sufre por tu ausencia, mis heridas se agrietan más.

Soy solo la sombra de lo que tú recuerdas, no duermo de noche pensando en tus labios, en nuestra alcoba solo quedan fragmentos de nuestro amor de juventud.

“Mi solecito” ¿recuerdas? Así me decías; extraño tu voz, y la fragancia de tu perfume, anhele tus caricias, y deseo verte con desesperación.

Amada mía hoy ya no sé si vivo o muero, pero en mi mente solo te sueño.

Diurna luz

Diurna luz, cálida caricia del viento, emociones jamás sentidas recorren mi cuerpo, se podían escuchar a lo lejos los sonidos de campanillas y apreciar el rico aroma del pan de trigo.

Las calles saltan de alegría mientras las piedras gritan melodías de quebranto, las arenas sepultan a su paso nuestro amor, me doy vuelta y veo lo doloroso y mentiroso de nuestro romance.

Hoy cociné lo que tanto te gustaba y decías que era lo mejor que se me da, la arepa de masa de maíz aliñada. Están listas, calientes con su toque de queso y servidas en la mesa, sin embargo ya no te encuentras y como en mi soledad.

Se quiebran las noches de pasión entre sábanas y los recuerdos de amor, que con tanto trabajo resultó ser un fracaso.

Recuerdo lo rumoroso de aquel día, el paisaje, el sol que con su brillo iluminaba nuestra juventud, su porte menudito, sus rizos color azabache, su piel oscura, y los caballos que a lo lejos llegaban trotando y adornaban con su presencia toda la sabana. Solo éramos tú y yo, y nuestra imaginación que dejamos suelta en nuestro entorno y me dijiste: “Debemos proyectar”.

Sin embargo tus proyectos eran muy distintos a los míos. Hoy me encuentro en mi vacío y dulce dolor en el mirador donde te vi por primera y última vez, con el fin de otorgarte libertad.

El correr de las aguas me recuerda a tu martirizante mensaje en aquella nota:

-Tú no podrás ser protagonista si no un mero observador.
Mi ruina fue creer en ti como el embeleso del río, y la

tuya pasar en mi camino.

Río de luz

Soledad en Agosto, amores olvidados, un río de luz que surge en mi cuerpo que ha quedado en antiguas ruinas.

Elvis Terán, 41 años
Ingeniero y Profesor universitario

Viernes 11 de julio

La ciudad de San Carlos estaba extraña, no hacía tanto calor como es la constante en la ciudad, la comunidad donde resido igualmente estaba tranquila y apacible, ya que existía la posibilidad de caer lluvia fresca, tomé la bicicleta rumbo hacia la plaza mayor, llamada así hace siglos, para encontrar a mis familiares y coordinar el encuentro para el concierto en horas vespertinas.

El paseo en la bicicleta es placentero para muchos habitantes de la ciudad de San Carlos, las calles son propias para los paseos en dos ruedas accionadas por la energía motriz del cuerpo humano, me encuentro con los familiares, unas calles después de la plaza mayor, ya que ellos también salieron en mi búsqueda.

El encuentro es placentero y reconfortante, las sonrisas, los ojos brillantes, las palabras pronunciadas

-Los andaba buscado.

-Nosotros también -El abrazo cálido y suave.

-Te amo mucho, cárgame -dice un integrante familiar.

Sin pedirlo ya ejecutaba la acción de cargarle. -¿Cómo pasaron la mañana? ¿Cuéntenme del colegio?

Ya cargado el integrante familiar inquieto menciona -¿cómo están en la otra casa la gente?

La respuesta lógica -sanos y comiendo, ustedes están lindos, parece que vienen las vacaciones ¿qué haremos?

-Rápido vamos a la casa que va a llover -dicen de retruque, al parecer felices.

-¿Qué sucede? ¿Cuál es la causa de esa respiración agita-

da?

-La bicicleta está dura para echar pedal.

Risas -está gordo- dicen en voz baja.

Ya en la residencia menciona el que prepara la comida -hoy se come algo variado, pollo en salsa bien calduo, con arepas.

-Está bien, comeremos.

-¿Quién va al concierto hoy?

-Yo voy, dígame la hora, no me lo pierdo -menciona otro a lo lejos- La prima canta y toca los tambores.

El más cercano dice -es a las 4, después de ver clases de barbería voy.

El almuerzo estuvo agradable, se preparan los trapos para salir al concierto, nos despedimos.

-Te esperamos en el concierto, es en Ziruma, en la cultura.

Llego a la escuela de artes y oficios y el Maestro dice -le espera un cliente atiéndale por favor. -Encantado -respondo.

El cliente quiere bajito con cero y navaja, corte de platabanda, barba arreglada, no he hecho ese servicio así que daré lo mejor; conversamos, al final quedó satisfecho con el corte de cabello. Se aleja de la barbería, diciendo: -Es la mejor barbería, me cortan como necesito el cabello.

Por motivos de lluvia y estacionamiento dejé la bicicleta y caminé, son las cuatro y media, el sol sale, camino lo más rápido, la plaza cerca de la redoma del mango está llena de personas y motos por doquier. ¡Que broma un mitin partidista!

Suena el teléfono. -Aló, buenas.

-En el teatro pequeño ya casi pasan las muchachas. -Apuro el paso y llego al teatro.

Sale la Maestra al escenario, las niñas y niños, guardan silencio, la Maestra alza los brazos, suena el piano, los can-

tantes comienzan a emitir sonidos agradables y se manifiesta quietud y relajación en los espectadores por lo que oyen, es placentero el concierto.

Cantan en conjunto los adultos y los infantes, hacen un sonido con la letra “u” que causa que se ponga la piel de gallina, es espectacular el evento.

Anuncian el cierre y dicen ¡vacaciones!

Nos encontramos y coincidimos en que el concierto estuvo muy bonito, abrazos cálidos.

-¡Epa! ¿y qué pasa con los helados? -Preguntan los más pequeños.

-Comamos helados pues.

Los helados sabrosos y el mitin partidista pasa por la avenida.

-Todos los helados están sabrosos.

-Claro tío, mañana venimos a comer más.

-Mañana no hay concierto.

Todos ríen.

Diego Colmenares, 25 años
Estudiante del 5° semestre en Educación,
mención Inglés, trabajador granjero

Rachel

El itinerario del mundo se encuentra emponzoñado, los sentimientos caros aturden el suelo, no son muy capaces de resistir miles de caricias perdidas, se expresa que, cada paso es apacible, dulcemente aterrador...

En la lúgubre casa de los lamentos, existe una consorte sin monarca; Rachel. El espacio donde vive, es el claro ejemplo de lo que para ella es una agónica pesadilla: el cantar de los pájaros, los árboles del bosque, lápices y pinceles, por supuesto, a quien pintar.

Rachel se casó con un hombre de gran estatus, un monarca que acentuó su amor de la manera más profunda posible; abjuró el trono. Vivieron una aventura entre aventuras, empezaron de cero bajo la ternura de sus acciones, construyeron una pequeña casa en el medio del bosque, tuvieron dos hijos, plantaron muchos árboles frutales, aprendieron a cazar peces y amarse entre desigualdades, hasta que padecieron del caminar de los años, sí, se volvieron longevos, pero no infelices. Lo crudo es lo insostenible, es aún más complicado cuando la sentencia de un verdadero amor es la muerte. Su esposo sucumbe ante los destellos irónicos de una muerte natural, pero el alma de Rachel comienza a padecer del suplicio sin frenos que trajeron las caricias del pasado.

Cuando se levantó de aquel tormentoso jergón, el desorden se hacía claro. Su débil cuerpo se llenaba de voluntad todos los días y dibujaba el rostro de su amado, pero esa

vez decidió pintarlo en la sala. Lo detalló muy bien, sus ojos eran claros y su cabello castaño como la fruta castaña. En un momento, Rachel se acercó a la pintura que brillaba más de lo normal y aproximó su mano con delicadeza e intriga, cuando sus dedos por fin tocaron la pintura, era sumergible, como la entrada a un charco profundo.

Dentro de aquella dimensión, al cielo lo rodeaban nubes tormentosas, también había un camino donde apenas entraba uno y un gran letrero que decía “Los 5 pecados acariciantes” que era sostenido por dos niños guardianes; un niño carismático, pero juguetón y una niña preciosa que demandaba sus locuras. Le comentaron que se encontraría con 5 “juzgones del si tuviera”. Rachel caminó cuidadosamente, en cada paso que daba las piedras caían en un abismo, donde lo único que se veía era oscuridad. Después de recorrer unos metros, se encontró uno de esos pecados, el cual era un garabato con forma de humano, además portaba una túnica unicolor.

—Rachel, el cielo no podría comprenderse, si el mar fuera su espejo -dijo- afirmando con su cabeza hasta desaparecer. Rachel siguió caminando y se volvió a encontrar otro garabato con forma de humano.

—No somos almas perdidas, nos necesitamos —expresó muy seguro.

Rachel siguió el camino y encontró a los otros 3 pecados, cada uno le desafió sus caricias.

—No olvides la paz que sembramos —expresó el tercero.

El cuarto sostuvo una sonrisa de amor y añadió —no percibirás el fruto de nuestros recuerdos. -Y ahí terminó.

Rachel caminó curiosa e inquieta, pasaron metros, kilómetros y el quinto pecado no aparecía, se desesperó tanto que no le importó correr y su cuerpo inestable resbaló, aunque podía intentar sostenerse, decidió caer al abismo para no postergar su desdicha, cuando de pronto unas manos

conocidas la sostuvieron hasta traerla de vuelta al camino. Era él, su esposo, quien la miró con un apego pleno y unos ojos devotos.

—Rachel, querida mía, el cielo no podría comprenderse, si el mar fuera su espejo. Te prometo que no somos almas perdidas, nos necesitamos, pero si olvidas la paz que sembramos, no percibirás el fruto de nuestros recuerdos, sino que te dejarás caer como la roca del camino.

Rachel no pudo resistir los sollozos y el monarca la abrazó con querencia infalible.

—Morí bajo las caricias de la vida, anhelando un día más para morir bajo las tuyas.

El momento fue mágico, lloraron y también rieron. El camino ya no era solo para Rachel, sino también para su monarca, quien le explicó que esos garabatos los dibujó él, no era tan bueno como ella, pero se esforzó lo suficiente para recordarla. Los niños eran sus corazones, curiosamente, esos nunca iban a envejecer.

Cuando Rachel iba a preguntarle si todavía se encontraba con vida, él acercó sus labios y ligeramente la besó, Rachel cedió a sus caricias y cerró los ojos, al abrirlos, estaba en su jergón, al parecer todo había sido un sueño, la muerte, la pintura. Así que se levantó imprudente y corrió a la sala con la intención de volver a verlo, y sí, ahí estaba él, en el cuadro que pintó.

Cesar Augusto Nieves Sánchez, 18 años
Estudiante de medicina

El rostro de la dama de la tienda

A sus 79 años, y tras haber olvidado sus pastillas, Don Marcelo conversaba con la tendera.

—Su rostro me resulta familiar —dijo el hombre.

—De seguro nos hemos visto en alguna parte —respondió la joven de tan solo 21 años.

Al mirarla fijamente, un recuerdo borroso cruzó por la mente del anciano. “Seguro es Marcela, la hija de Marcus”, pensó.

—¡Marcela! —exclamó— ¿Eres acaso Marcela?

La mujer lo negó con la cabeza. El anciano insistió en sus pensamientos: “Entonces debe ser Mariana. La que era novia de mi sobrino Juan».

—¿Eres la novia de Juan? —preguntó. La joven volvió a negar en silencio.

En ese momento, dos mujeres uniformadas entraron abruptamente a la tienda. Sus placas de identificación decían Marcela y Mariana.

—¡Ese hombre asesinó a mi marido! —gritó Mariana, señalándolo.

Ambas enfermeras sometieron por la fuerza al viejo, quien parpadeó confundido mientras le colocaban las esposas. El peligroso asesino que había escapado del psiquiátrico aquella mañana volvía a estar bajo custodia.

Toda una vida (Fragmento)

El joven enmascarado paseaba por las ruidosas calles de Caracas, saltaba por los edificios mientras los carros avanzaban, estaba emocionado por la producción y exportación del petróleo y el mejoramiento del país. Rómulo Betancourt había felicitado al héroe por parar varios intentos de terrorismo en los últimos días, a la gente le fascinaba verlo caminar por las paredes, saltar por edificios e incluso algunos lo seguían para ver a dónde iba.

Su traje tenía tres colores: amarillo, azul y rojo, y además su máscara (pasamontañas) era roja; en el área de los ojos poseía lentes de sol pintados de blanco que lo ayudaban a no desorientarse a la hora del cenit.

Llegaba tarde a su universidad por trasnocharse escuchando la radio, habían descubierto un meteorito cerca de Caracas que pesaba unos 10 Kg aproximadamente; llegó a la universidad, los salones y todos los espacios estaban llenos, así que fue más fácil cambiarse en el baño. Se quitó el pasamontaña solo para verse en el espejo, tenía 17 años y un gran atractivo físico, su nombre era Óscar lark.

Fue a su clase, pero no lo dejaron pasar hasta media hora después... Oscar tuvo que vivir con eso por mucho tiempo, salvar gente de morir a cambio de morirse él mismo, era lo menos atrayente de su alter ego, pero sentía una responsabilidad con los ciudadanos.

En esos 30 minutos que pasaba sentado se repetía a sí mismo “el mundo no me debe nada, yo le debo todo al mundo”. Tras pasar esos 30 minutos entró a su salón y se sentó al lado de su novia, Verónica Ramírez era el nombre de esa chica de pelo dorado que le alumbraba la vida a Óscar lark.

Después de dos horas la clase terminó dejando a Ramírez

con Óscar, ella le confrontó remarcando lo extraño que estaba los últimos días y que, si seguía así, probablemente dejaría de ser el primero de la clase. El corazón de Óscar latía rápido, quería decirle, pero sentía que, si lo hacía, la dejaría a ella con una gran culpa...

David Narza Castillo, 53 años
Abogado, Escritor

Nostalgia

Observó una vez más el contenido del vaso, una pátina de minúsculas gotas se adhería a la superficie del cristal, los tres dedos del frío licor que acaba de servirle el tabernero hacían su rutinaria gala con el fenómeno de la condensación. Levantó el recipiente hasta la altura de sus ojos.

Su mirada se diluía inconscientemente en lo que parecía observar y el cúmulo de pensamientos que le atormentaban, había sido un idiota, Todo lo había dado por ella; Se había entregado en cuerpo y espíritu a su amor. Y no podía negarlo, producto de ello había llegado Luisa. ¡Cielos! ¡Qué tiempos aquellos! Cuando parecía que su presunta esterilidad era un impedimento ella había quedado encinta, fueron los mejores días para ambos.

Pero ahora, quince años después, todo había desaparecido, sí, su hija era la mejor prueba de aquellos días, pero ¿de qué le servía ahora? Nancy había encontrado a alguien más, según ella, hacía mucho que él había abandonado la relación; no podía negar que su trabajo demandaba largos periodos de ausencia, pero ello había aparejado la envidiable vida que le había dado, tanto a ella como a su hija.

Pero ese tipo de comprensión no visitaba los aposentos de la mente de Nancy, o al menos no para hacerle reconocer que se había enamorado indefectiblemente del tipejo que ahora muy a menudo se dejaba caer por su casa, la casa que compartieron durante tanto tiempo y que los términos del divorcio en curso le impedían pisar.

Se llevó el vaso a los labios y de un solo sorbo dio cuenta

de todo el líquido, colocó el recipiente con cierto estrépito sobre la desgastada madera al tiempo que fijaba la mirada en el tabernero, a su vez éste le observó preguntándose si aquel cliente ya habría tenido suficiente de alcohol, pero después de meditarlo unos segundos se dirigió al dispensador de bebidas y poco después Matías tenía un nuevo vaso de licor frente a él.

Aquella noche no iría a la casa que después de muchos años su madre volvía a compartir con él. No, emplearía las horas que quedaban hasta el nuevo día para despejar sus pensamientos reavivados por el alcohol; recorrería los lugares que más le habían apasionado de aquella ciudad, su pueblo natal. Allí había crecido, estudiado, contraído matrimonio y ahora esas callejuelas con su gente estaban siendo testigos de su divorcio; posó el vaso sobre la mesa, se hizo de su billetera y sacando dos francos los dejó a un lado del recipiente vacío.

Salió del establecimiento y echó a andar por la 35, la calle estaba desierta. Solo después de haber recorrido varios metros un noctámbulo coche pasó a su lado con la música a alto volumen, “Can’t Help Falling in Love” en la voz de Elvis Presley llegó hasta él trasladándole a sus tiempos de joven conquistador, loco de amor por Nancy.

El auto se alejó con la canción escapando de los parlantes, pero en la mente de Matías, Elvis continuaba su perorata, reavivando la pasión que aún ahora pugnaban en su corazón. Casi sin pensarlo se desvió por la Calle del Canal.

Sus pasos resonaban sobre el empedrado de la vía que comenzaba a describir un leve arco a medida que el puente comenzaba a elevarse sobre las oscuras aguas del Río Vístula, siguió avanzando y poco después se encontró sobre el centro del Canal; el puente se elevaba algunos metros sobre el enorme cauce del río.

A ambas riberas las luces de la durmiente ciudad se refle-

jaban en borrosas siluetas sobre el agua, vislumbró detenidamente el monótono correr de las aguas; por un momento envidió como aquella masa líquida continuaba su curso totalmente impasible a las alegrías y vicisitudes de los hombres, y se sintió atraído por aquella impasibilidad, aquella indiferencia intrínseca de la naturaleza.

Se convenció de que el río podría conferirle la despreocupada indolencia que tanto necesitaba en aquel momento, el olvido a sus tribulaciones; arrobado por esta sensación se trepó sobre el gavión. A sus pies, el oscuro cauce continuaba su letárgica marcha mientras “Can’t Help Falling in Love” se hacía ecos en su mente...

Al siguiente día los diarios publicarían el hallazgo...

Un hombre ahogado en la ribera del Vístula...

Lo que nunca dirían fue que partió entre las nostálgicas notas del rock and roll.

Sabana Verde

El correr de las aguas deja llegar hasta él su embriagador rumor. Detiene su extenuante caminata y se dedica a observar el paisaje. Una exuberante mariposa ve pasar en su camino. Ha llegado al borde del frondoso bosque donde le recibe la cálida caricia del astro mayor. El sol toma ahora el protagonismo derramando sus rayos sobre la ribera del curso de agua que tiene ante sí.

Prosigue sus pasos hasta la orilla del río donde las sombras de algunos de los árboles sirven de acogedor cobijo, se agacha y despojándose de los calzados posa sus pies sobre la suavidad de las arenas, hace tiempo que no hace aquel recorrido, hace mucho que el viejo río no recibe su visita, pero la ciudad... No puede negarlo, se ha civilizado o tal vez ha pretendido tener una vida enteramente citadina.

Pero la ciudad... Tiene sus asuntos, por ejemplo, el escandaloso desfile de Rivaldi, cosa como otras que no son de su interés y que detesta, odia como las calles saltan, desbocadas por todos los ciudadanos que dejan sus hogares; los caballos tiran de pesadas carrozas cargadas de gente ruidosa, arreos de sujetos que apertrechados en cuidados uniformes llegan trotando al compás de bandas que pretenden hacer música con los instrumentos que cargan a cuestas, detesta el bullicio y la algarabía de Rivaldi.

En ocasiones anteriores se había limitado a encerrarse en casa, pero ahora sintió la necesidad de huir a la tranquila paz de aquel bosque, al rumoroso sonido del viento entre los árboles y el embeleso del río, una vuelta a ver su pasado. Recuerda la masa de maíz aliñada que su madre preparaba en sus tiempos de chaval, los calientes vapores del café mañanero aguardando el pan de trigo, su madre en la cocina, su porte menudo entre las ollas del fogón, la névea perorata

de los pájaros.

Una realidad que le definía cuando su mundo se limitaba a la sabana y bosques verdes, la vasta heredad que rodeaba la cabaña familiar, el entorno en el que había crecido y que, en épocas como la de Rivaldi, suele llegar hasta él cómo diurna luz en la añoranza de los tiempos pasados.

Son momentos en los que se siente como un observador, un mero espectador de la vida que lleva en la ciudad por un lado y, por el otro, la que definió su infancia. Y ya no puede evitar que esta última se imponga.

Se deleita ahora con el paso del agua, oye como las piedras gritan pregonando lo que la corriente ha traído día a día o los lugares que éstas han recorrido cuando la furia del río se ha ensalzado contra todo lo que ha poblado su curso, escucha el mensaje mientras las crestas del agua se quiebran en diminutas cascadas.

Observa sus pies descalzos, el contraste de su piel oscura sobre la blanquecina arena le hace ver que es el mismo chicuelo que una vez hizo suyos aquellos parajes, siente sus evocaciones como campanillas que le incitan irremisiblemente a detenerse un poco más y a proyectar en su ser la existencia inocente de los tiempos idos. Se echa sobre la arena y deja que la sábana de la melancolía lo arrope con su adormecedor arrullo.

Al despertar, se encuentra en el exacto centro de Rivaldi.

Auris Barrios, 27 años
Maestra, modista y mamá

Con tu olor

Hola. Se que no quieres saber de mí ¡lo sé!

Pero... Solo te escribo para contarte esto.

Aún enferma mi subconsciente me lleva a tu olor.

Anoche mientras pasaba mi fiebre, acostada en mi hamaca, viendo mi pecera, pensando tonteras, de repente sentí como mi corazón se aceleró más de lo normal, sentí que había corrido mucho, sentí un cansancio agotador.

Por un momento pensé, este es mi final... Aún así solo me quedé tranquila acostada en mi hamaca esperando el momento.

Tanto fue así que me olvidé de respirar y por un momento sentí aquel olor familiar, ese olor que conocía tan bien, perfectamente, que puedo jurar que sentí tu presencia cuál si fueras alma errante.

Fue tan grato el momento que se podría decir que duró unos, no sé, tres o cuatro minutos, no lo sé.

Solo sé que bastó un instante solo para recordar lo lindo y hermoso que fue conocer ese olor tan maravilloso que solo es tu olor. Es solo de ti.

Ya como se me olvidaba respirar, respiré tan profundo que me dije ¡guaaaooo! estuve a un paso de morir con tu olor.

Tengo una princesa en casa

Tengo una princesa en casa.

¿Quieres saber cómo es?

Aunque tiene 7 años su hobby favorito es coser, aunque sus manos son frágiles como hojas de papel.

Siempre me hace reír cuando la escucho hablar, porque dice cosas con un tono singular.

Cuando me dice mamá tengo ganas de pipislar, con su gran imaginación me hace sonrojar.

Hace hermosos vestidos de una forma fascinante, y me dice ¡mira mamá! Esto quiero ser cuando sea grande.

Cuando habla con su papá y él le responde de manera arrogante, ella siempre me dice no importa mamá contigo tengo bastante.

Cuando se siente llena dice mamá me siento timbá, o me siento grandiohermosa, son cosas que me llenan mucho porque me siento la mamá más fantabulosa.

Con ella aprendí muchas cosas y es que con ella aprendí que la vida es hermosa.

Victoria Nazaret Rivero Febres, 15 años
Músico y estudiante de cuarto año de Bachillerato

La costurera

La chica se llamaba Cordelia, ella vivía de la costurería, desde muy pequeña se había valido por sí misma, ya que sus padres murieron gracias a unos saqueadores cuando tenía 8 años; ahora tiene 18 y está muy ocupada, entusiasmada por terminar su mejor proyecto hasta el momento.

Una noche como cualquiera estando acostada en su cama, oyó las campanadas del Big Ben marcar las doce, bufó al darse cuenta que no había podido conciliar el sueño.

Despertó sobresaltada, notó que aún estaba en la cama y no en el subsuelo, donde la gente camina de cabeza; desde la ventana observó el gran reloj que se divisaba desde su anexo, dándose cuenta que no había pasado mucho tiempo desde que dio las 12, aunque pensaba por culpa de sus sueños que había transcurrido mucho tiempo.

Recordó que en sus oníricas visiones alguien llevaba un vestuario muy peculiar, el cual había visto o imaginaba al punto de quedar impactada; decidió plasmarlo, pero también recordaba y sintió que esa individua le parecía conocida por el color de su vestimenta de múltiples y azuladas tonalidades, pero imposible haberla visto o conocerla, ya que por lo que ella sabía el pigmento para realizar ese color costaba más que el oro.

Pues a tal bajo rango se encontraba, en una posición donde ni siquiera se habría topado con alguien con tanto dinero para vestir una prenda tan costosa.

Igualmente se propuso hacer un boceto de la ropa, la que recordaba a la perfección, quedaría incluso mejor que el de

sus memorias, desde esa imagen materializaría cada uno de los detalles; tal tarea -conseguir el material- significaría una gran y arriesgada aventura, pero dispuesta a realizarlo se transformaría en la chica de azul.

La chica de azul

Ella se caracterizaba por su ropa de color azul, era una visionaria, viajera y unas de las personas más osadas y atrevidas en el buen sentido; la vestimenta azul y los vuelos de su vestido eran el claro ejemplo para la época.

Gracias al buen sentido de la historia se hospedaba en los adentros del bosque, donde no se quedaba por mucho tiempo en una sola área, y bien que era así, tan solo las autoridades se enteraban, iban tras la chica de azul, aunque a ella le parecía divertido.

En cuanto al origen de su vestimenta fue una heredad, o tal vez la secuela de un cromático sueño, o quizás el hecho de ostentar el privilegio de ser la única de portar la vestimenta real de los originales.

Los originales fueron una jerarquía extinta de humanos de la realeza, avanzados en relación a todos los tiempos; con belleza inigualable, destacados en el ámbito del arte, la música, el baile y la moda. Sin hablar de todos sus dones innaturales y prohibidos.

Pero eso era 50% del porque le temían, ellos eran capaces de crear una revolución mundial si lo querían.

Ahora solo queda ella, siendo la única y la más caracterizada de todos.

Sus ahora antepasados, al ver que no durarían mucho más se unieron en totalidad y colocaron en ella cada gota de existencia, magnetismo, belleza, valentía, inteligencia, agilidad y muchos más dones desconocidos, el más relevante: ser costurera.

Eusaris Rodríguez, 18 años
Estudiante universitaria

Evocación de la luna de humo

Una mujer se encuentra fuera, en el campo y de noche. Su mente divaga en sus recuerdos del pasado hasta que su olfato capta un olor a humo, fruto de las quemaduras que sus vecinos provocan en sus terrenos. Desde donde está puede ver la franja anaranjada de la candela ardiendo en los solares detrás de su casa, en contraste con el negro absoluto del cielo nocturno. El olor del humo le lleva a otra parte...

Hace años, cuando solo era una adolescente, su pequeño pueblo vivió un singular episodio de horror. El cielo se tiñó de rojo y la noche, usualmente calmada, se desgarró por los gritos. Estaba ocurriendo un incendio.

Mejor dicho, la casa de los Hernández se estaba quemando. Una casa elegante y lujosa comparada con las demás, hogar de la familia más pudiente del pueblo; una familia típica, de cuatro integrantes: mamá, papá, hijo e hija.

La casa de los Hernández se encontraba a poca distancia de la de María, por lo que ella y su familia se enteraron de inmediato de lo que estaba pasando. Y se dieron cuenta de la gravedad del asunto.

En un pueblo tan pequeño, en donde todos se conocen, por supuesto que, siendo vecinos, la familia de María y los Hernández se conocían; la propia María estudiaba bachillerato con la hija de los Hernández, Julia.

Que la gente supiera, y en los pueblos pequeños se sabe todo, los Hernández constituían una buena familia; nunca habían tenido ningún escándalo, sus dos hijos eran modelos a seguir dentro del liceo.

Esto último María lo sabía de antemano, en esos momentos en los que el profesor presentaba a Julia como un ejemplo a seguir para todos; bonita, inteligente, novia de Eduardo... Julia lo tenía todo. Por eso, la vista de la casa de los Hernández en llamas se le hizo surreal.

Los vecinos se armaron con lo que pudieron, llegaron los bomberos, pero las llamas estaban por toda la casa, y los gritos comenzaban a oírse. María pudo acercarse lo suficiente para oírlos bajo el rugido de las llamas. ¿Qué había sentido en ese momento? Todavía no había logrado descifrarlo.

—Debe ser un incendio causado para que se haya propagado rápido —escuchó hablar a dos bomberos, y un escalofrío le bajó por la columna.

Otra señora también estaba escuchando la conversación, y exclamó con horror —Pero, ¿quién querría hacerle eso a la familia Hernández? Si son tan buenas personas...

Cuando los bomberos por fin pudieron extinguir el incendio, ya nadie tenía esperanza alguna. Sus peores miedos fueron confirmados cuando los bomberos entraron a la destruida casa solo para salir un momento después con los cuerpos montados en camillas y cubiertos por una sábana. A pesar de que no pudieron ver sus cuerpos, todos se imaginaban su aspecto por la forma en que olían.

Viendo desfilas las hediondas camillas, solo unos pocos lloraban. María no era una de esas, solo observaba atentamente, junto a sus padres, que se lamentaban del suceso. Entonces, escuchó el desgarrador sollozo, y supo que era él, Eduardo.

No había podido ver su llegada, pero pronto sus ojos dieron con su cuerpo, arrodillado en el pavimento mientras era consolado por otros. Sus sollozos no solo desgarraban el aire, sino también a ella, que sufría con su dolor. Pero no se le acercó en ese momento. Sabía que, antes de eso, tendría

que esperar mucho tiempo.

—¿En qué estás pensando? —la sobresaltó su voz desde atrás, devolviéndole al presente, y unos brazos la rodearon por la cintura.

—Nada, solo estaba viendo la candela.

La cara de él estaba metida en su cabello pero, cuando levantó la cabeza, lo sintió tensarse. Desde el incendio todo lo relacionado con fuego le causaba repelús.

—Vamos para adentro, te va a hacer daño el humo —le dijo él, dándose la vuelta para seguir hasta la casa.

—Ya voy —dijo María, pero antes le echó un vistazo a la luna, que se veía roja por la cantidad de humo. La noche del incendio, la luna también tenía ese aspecto. Roja como la candela, como la sangre.

Esbozando una sonrisa, se dio la vuelta y siguió a su querido Eduardo hasta la casa.

Con razón

...Y mientras Caperucita, junto a su abuela y al leñador, miró al lobo correr despavorido por la ladera, al mismo tiempo esperaba con nerviosismo el regaño que su abuela le tenía preparado; más bien, se extrañó de que aún no le había reprochado nada...

—Caperucita, ¿no te ha dicho tu mamá que no es bueno hablar con extraños?.

Oh, ahí estaba el regaño.

—Sí, pero es que... —intentó excusarse la niña mirando el suelo como si fuera la cosa más interesante del mundo.

—¿Qué? ¿Acaso ese lobo feo pudo engañarte y hacerte creer que era buena gente? ¡No pensé que fueras tan ingenua, niña! —exclamó su abuela con decepción.

Caperucita no se atrevió a responder, al contrario, ardía de vergüenza porque lo que su abuela decía era verdad. Pero al menos había aprendido algo sin que nadie saliera herido: “nunca debes hablar con extraños”.

—A propósito -empezó el leñador dirigiéndose a ella- ¿Cómo hiciste para no ser atacada por el lobo, si quedaste encerrada con él en la casa?

Caperucita enrojeció hasta alcanzar el color de su caperuza.

—Lo que pasó es que él se disfrazó como la abuela, y como yo le creí, tal vez le dio lástima comerme —susurró avergonzada.

Al no escuchar nada proveniente de ambos adultos, levantó la cabeza para mirarlos. Ambos tenían la cara de que acababan de descubrir algo extraordinario.

—Caperucita —rompió el silencio su abuela— ¿estás diciendo que confundiste al lobo conmigo?

Caperucita asintió, el leñador y su abuela se miraron con

preocupación.

—Caperucita ¿cuántos dedos tengo aquí? —y le mostró tres dedos.

—Dos —dijo Caperucita sin pensarlo, aunque en realidad no podía verlos muy bien.

La abuela y el leñador volvieron a mirarse, y de esa única mirada Caperucita pudo deducirlo todo.

Bueno, al menos con esta ya eran dos cosas que aprendía en un mismo día: nunca hablar con extraños y que su sentido de la vista definitivamente no era el mejor.

Noraima Figueroa, 58 años
Locutora, Ingeniera en Sistemas, Periodista

Final moderno

Al llegar a casa de la abuela, la amordazó y encerró en el closet para neutralizarla. Seguidamente, se puso la ropa de la abuela y se metió en la cama a esperar que la joven llegara con el encargo de su mamá.

Cuando ella llamó a la puerta escuchó de vuelta una respuesta algo ronca, como si de un hombre se tratara, entró a la casa con cautela, pues le pareció extraño ese tono de voz oscuro. Se asomó al cuarto con mucho cuidado, notando además, el tamaño desproporcionado que nada tenía que ver con la frágil figura de su abuela.

Siempre atenta a las advertencias de su madre sobre los peligros del bosque, decidió huir del lugar y correr sin parar hasta llegar de nuevo a casa para contarle sus temores.

Mientras esperaba que mamá llegara de shopping se sentó un rato a navegar por Internet, casi al instante, recibió un mensaje de un usuario que se hacía llamar “DulceLoboDigital99”.

— Tienes una linda capa ¿te gustan los lobos?

Al principio, la adolescente pensó que era solo un juego y decidió ignorarlo, pero DulceLoboDigital99 comenzó a enviarle mensajes persistentes y amenazantes, tratando de hacerla sentir culpable por no responder.

— Si no respondes, le diré a todos en la escuela que eres una miedosa.

Cual nativa digital que era, asustada pero valiente, bloqueó al falso perfil y subió un vídeo a TikTok para advertir a los jóvenes que no caigan en la trampa de estafadores y

grooming.

Desde ese día, aprendió que es importante escuchar las advertencias de los adultos sobre los peligros que acechan a todos, tanto en el mundo real como en el digital... Ah, y también en el de los cuentos clásicos.

La Caja

En el rincón de una vieja biblioteca, sobre una mesa de madera gastada, hay una caja sin marcas, sin remitente, sin historia. Nadie recuerda quién la dejó allí, ni cuándo llegó.

Willian, el metódico bibliotecario, la observa con desconfianza, lentamente se acerca, la toma, la manosea; La caja no pesa, tampoco suena al moverla.

El cartón parece crujir bajo sus dedos como un suspiro ahogado. Acerca su oído, tratando de escuchar algo.

¿Está vacía?, ¿o lo que sea que contiene no debe hacer ruido?

La examina detenidamente sin atreverse a abrirla y vuelve a colocarla en la mesa con sumo cuidado; debe vigilar que permanezca cerrada, pues ya aparecerá quien la reclame.

Continúa con su rutina, durante la mañana, vuelve varias veces a observarla de lejos. Casi puede asegurar que la caja lo provoca.

En la tarde, nuevamente la toma y comprueba que no hay orificios que permitan mirar en su interior; se resiste a abrirla y, alejándose, continúa con su faena. Por ahora, decide ignorarla.

Al cierre del día, la biblioteca permanece iluminada y con la acostumbrada tranquilidad del turno. La caja sigue en su sitio, intacta.

Willian persiste observándola de lejos y la curiosidad por su contenido penetra cada vez más en su paz. Ahora está seguro: la caja lo provoca, pero resiste.

Minutos más tarde, se aproxima, esta vez sin tocarla, y nota un pliegue encima que parece disimular una posible abertura; recuerda un cúter en la gaveta del escritorio. Sacudiendo la cabeza, se vuelve, la toma y nuevamente la manosea.

La quietud del turno le obliga a percibir con más detalle los suspiros de la caja al roce con sus dedos. Ya no se trata de la caja o lo que esconde en silencio, se trata de sí mismo y de su lucha contra la entropía.

Moisés Rivero, 50 años,
Contador Público y Actor

Mi primer vehículo a puro sudor

Así cada día, por todo un año, se buscaba una nevera en alguna casa de la pequeña ciudad, que comenzaba a crecer; la pandilla de muchachos siempre alerta de alguien con su nueva nevera, lo último en tecnología. Comenzaba el dialogo así siempre:

-Hola señora, ¿nos puede regalar un vaso de agua?... ¡Por favor!

-¿La quieren fría de la nevera?

-Sí señora -Y comenzaba la hipnosis.

-¿Y la nevera le está funcionando bien? Porque mire que debe hacerle mantenimiento siempre...

-No me digas mijo, hace rato le vi un bote de agua cuando la descongelaba.

-Señora tiene que llevarla al técnico de los hermanos Tovar en la Candelaria, usted sabe.

Y con el poder del convencimiento que tenía esta pandilla salían a buscar a Toño, el que manejaba la vieja Ford del 48 toda destartada de tantas centurias de trabajo, montaban esos muchachos la nevera y para el taller. La cual dejaban allí mínimo tres días. ¡Sin hacerle absolutamente nada!

Al tercer día como estaba destinada, aparecía la dueña, poniéndose a cuenta con el dueño del taller que conocía toda la artimaña de los muchachos del barrio, y como por arte de magia aparecían Toño y los muchachos regresando la nevera a la residencia destinada, como si estuviera reparada y con justo mantenimiento.

Toño encendía la vieja camioneta y regresaba la nevera,

esto ocurrió por un año, suficiente para que el dueño del taller se comprara una camioneta nueva, así que un buen e inesperado día le dijeron a Toño: “Agarra esa camioneta, es tuya”. Lo primero fue buscar un fotógrafo y llamar a toda la pandilla de la cuadra para la, ahora, descolorida y testimonial sepia.

La princesa y el sapo y la rana

El príncipe resultó ser un haragán, flojo, echado todo el día en la piscina del palacio, donde solo estiraba el brazo para comer.

La princesa que comenzó a tener tres trabajos para mantener a su SAPITO, amaneció en un día nada clásico ni fantasioso, arrepintiéndose del beso con que comenzó todo.

Y saltando a las profundidades de la página 37, justo en ese momento, se transmutó en rana.

El esposo al ver lo sucedido le dijo:

-Ven amada mía, que con un beso regresas nuevamente a ser humana.

La princesa contesto:

-¡No!... ¡Mejor me quedo así!

Y de un salto se perdió en la laguna de la página 969.

Hasta el día de hoy, no se sabe nada de dicha rana, pero en las noches cuando alguna amorosa madre lee cuentos a su atento hijo, se escucha un coro de croack ante la luna, como si fuera el musical fondo de un baile...

Allí podría estar la princesa... Besando sapitos...

Crisdalis Cedeño, 18 años

Estudiante universitaria

La era de las eras

Las melodías altas rodeaban este mundo, parecía darles paz a las personas, inspirarlas y llevar su imaginación muy lejos pero no era así. Era peor que eso.

—Co... rre...—Se escuchó el grito desgarrador de una mujer que empezó a correr sin razón.

Todos pensaron que solo estaba loca sin juicio, pero sin darse cuenta también estaban corriendo. Esas melodías ahora guiaban a esos seres llamados humanos.

Los violines se alzaban con trompetas, con esas notas que erizaban la piel y resonaban en el alma. Era el fin; todos corrían detrás de algo, pero entre tanta gente no sabían que era, solo corrían sin importar que.

Gritos eran las notas más agudas de esta canción, los suspiros de dolor, el sudor, las gotas de sangre en el asfalto era la escena del coro.

El arte del sacrificio del no pensar, de solo seguir, con huellas de gritos y suplicas en el aire. Era eterno.

—De...de...bo alcanzarla... —Eran los susurros más miserables y la desafinación de la canción.

Pero ¿qué perseguían? Una tontería, una capaz de volver demente al débil y ponerlo de rodillas sin piedad, siendo sus plegarias su canción más exquisita y excitante...

Y solo era una tortuga.

Mundo en corrupciones

La ambición descontrolada y el corazón negro muerto causó bajas blancas, dejando al mundo solo y en caos. Nosotros los extraseros tuvimos que salir adelante con los que de alguna manera tuvieron la suerte o desgracia de sobrevivir. El final del hombre es el mismo y diverso el inventario de sobrevivencias:

Un Sacerdote sobrevivió de las fuertes corrientes del diluvio, juró que con esta oportunidad, ayudaría a todos a mantener su espíritu.

Un político al que casi degüellan, su clase causó el caos, ofreció su cuello si no cumplía con su deber. Desarrollar la nueva sociedad, sin ambiciones vacías.

Un investigador que asegura que la tierra cambió, los continentes se partieron y se unieron a otros y que es más que un milagro que quedara un alma respirando.

Un atleta que desafió sus límites, impartiría entrenamiento físico para que todos tuvieran la resistencia de soportar los caos.

Un Médico que salvaron para que los salvara, cumpliendo su promesa ayudó a los heridos y enseñó lo básico para que, si un día lo perdieran, se defendieran.

Una Maestra que casi muere ante la escasez de comida, enseñó la buena comunicación para evitar malos entendidos y ayudó a los escasos profesionales a transmitir sus conocimientos.

Un Psicólogo que casi pierde la cordura, pero mantuvo su espíritu tomando las riendas de su calma, enseñando y fortaleciendo su cordura.

Un Policía de deshonor que apoyó a los malos corazones, anterior criminal, obligado a recitar los deberes que debería tener un defensor de ciudadanos.

Las leyes cambiaron para bien, el abogado salvado en un riesgo eliminó el deseo de cometer delitos, al enfrentar a todos con sus consecuencias.

Por último, un agricultor, buscó las buenas tierras para producir suficiente comida para todos, usando a su favor el desordenado clima. El inventario de sobrevivencias es el mismo y diverso el final del hombre.

Henrymar Mendoza, 14 años
Estudiante de segundo año de Bachillerato

La última constelación

La vi por última vez en el muelle, con el vestido blanco empapado y los labios temblando, no sabía que esa imagen —tan rota— quedaría grabada en mi memoria como un último fotograma de nuestros encuentros.

Hace 10 años que llegué al pueblo, esa misma tarde conocí a Elena, una chica callada que se la pasaba dibujando y observando las estrellas del cielo, ese mismo día me dijo que ella era como una estrella fugaz, cosa que al principio no entendí.

Entre tardes de sol y conversaciones en aquel muelle, nace un amor frágil de una amistad, Lucas, quien quería estar con ella y Elena, quien siempre intentaba mantener su distancia. Esa última vez que se vieron ella le recalca que es una estrella fugaz —pasajera— pero Lucas no quería aceptar eso, pensaba que Elena podría estar con él, pero a veces las cosas no son como queremos.

El pequeño refrán “soy como una estrella fugaz” guardaba un pequeño secreto, a Elena le diagnosticaron fibrosis pulmonar idiopática, una enfermedad crónica, progresivamente y mortal, por eso es que siempre se describía a ella misma como una estrella fugaz.

Esa última tarde no le contó su secreto a Lucas, solo se despidió de él, entregándole una carta —cuando me encuentres, sabrás porque tuve que irme— eso fue lo que dijo aquella carta antes de que Elena se desapareciera entre la oscuridad de aquella tarde.

Con los años, Lucas, ya mayor regresó a su pueblo pen-

sando que podría encontrarse con Elena y hacer las cosas de una manera diferente, lo triste es que nunca la encontró, ella ya se había ido mucho antes de que él regresará al pueblo; entonces fue cuando Lucas entendió su pequeña moraleja de “soy como una estrella fugaz”; pero para él ella era todo un universo que se esfumó... Ahora solo levitan remembranzas de fugaces conversaciones.

Isabella Jiménez, 13 años
Estudiante de segundo año de Bachillerato

El crimen en la boda

Sobre las 10:15 pm del 6 de marzo del 2012, se celebraba una boda desmadrada con desastres y alegría, eran las nupcias de Marcos y Paula; todos estaban festejando, comiendo pastel y brindando con copas de champán por los recién casados, hasta que escuchan un grito muy fuerte proveniente de la mesa N° 8, perteneciente a los abuelos de los novios (ya esposos) y allí colapsó el abuelo de Paula, el señor Felipe, quien era conocido como “el abuelo más loco del mundo” por las bromas que le solía hacer a todos.

El grito (imagínense el grito) fue de la prima de Marcos, Julia, ésta no pudo con el peso de el señor Felipe, quien terminó derrumbándose por completo al piso, pues había fallecido; inmediatamente llamaron a los detectives de Tejas Verdes que al poco tiempo llegan al lugar del suceso, la detective Isabeth y su compañero Stuard, quienes comienzan a explorar el lugar de los hechos, atando cabos y rastreando indicios.

-La detective le preguntó a Julia si había notado algo extraño mientras el señor Felipe comía en la mesa, ya que ella era la primera sospechosa, porque estaba ayudando a repartir la comida y la bebida y además estuvo cerca de lo ocurrido.

Ella responde que lo que había hecho era tomar la comida y las copas de champán de la mesa cerca de el estante y cuando volvió a la mesa N° 8 el señor Felipe estaba brindando con su copa de champan, después de haberla ingerido colapsó.

Así que la detective fue a revisar la copa, que aun contenía residuos de una sustancia que resaltaba en el fondo.

La investigadora concluyó que todo era muy parecido al caso de “el crimen de la estanquera”, el cual se había dado por cerrado por carecer de evidencias y nunca encontraron al culpable; posteriormente fue a investigar más de cerca la mesa para comprobar si había más sustancia esparcida.

Al hacerlo se percató de unas huellas de lodo que llevaban al exterior de la casa y a su vez a un túnel cerca del estanque.

Estaba oscuro y hacia una gélida brisa, pero los detectives envueltos en el manto de la curiosidad y el inevitable interés por el misterio típico de su profesión, sin importarles lo oscuro que estaba aquel estrecho espacio, se adentraron en él siguiendo las referidas huellas.

Al caminar por un rato se encuentran una figura vestida de negro, la cual al notar la presencia de los visitantes sale corriendo y penetra por una puerta al final del sendero; allí hay una habitación plena de espejos paralelos, arriba, abajo, hacia los lados, en cualquier dirección los investigadores solo pueden percibirse a sí mismos.

Finalmente, al encontrar la salida descubren con asombro que ahora están en el bosque, ven una cabaña a lo lejos, caminan un rato...

A llegar a la cabaña entran y ven una pared llena de fotos del señor Felipe y su nieta Paula, instantáneamente el detective Stuard se desploma al suelo, a su vez la detective Isabeth percibe que la figura de las sombras estaba detrás de ella...

Al voltear la observa muda, inamovible, oscurecida, expectante, firme, decidida, medieval, caballeresca, antañá, serena y poética, con los brazos extendidos hacia ella, y entre las manos un brillante cartel que nos dice...

¡Continuará!...

Isabella Jiménez, 13 años
Henrymar Mendoza, 14 años
Lucciana Alvarado, 14 años
Estudiantes de segundo año de Bachillerato

Un final inesperado

Khael estaba contrariado, caminaba de un lado para otro en su cuarto, tenía que ir donde su abuelo; se recostó en su cama porque pensaba que sería una aburrida visita; en ese momento se escuchó un grito proveniente de la planta baja que retumbó sus oídos.

-¡KHAEL! -Gritó su madre enojada mientras subía las escaleras, y azotando la puerta hizo que el joven se cayera del susto.

-¡Khael ya vámonos! -Refunfuñó de nuevo.

En sus pensamientos más profundos quería decirle “Ya cállate vieja loca” pero sabía que si habría apenas la boca iba a cavar su propia tumba.

-Siiií mamá ya sé –murmuró somnoliento mientras se levantaba del suelo sacudiéndose el polvo.

-Apúrate, tu padre y yo tenemos que llegar rápido al aeropuerto.

-Que ya voy mamá –dijo haciendo un berrinche mientras salía de la habitación a regañadientes.

En la planta de abajo, encontró a su padre luchando con la corbata, éste lo vio a través del espejo y le dedicó una mirada disciplinante.

-Si vas andar con esa cara de amargado será mejor que no vayas.

-¿Entonces puedo quedarme? -Preguntó Khael emocionadamente y agitando sus brazos

-¡Ni pienses que te vas a quedar! -Dijo la madre con un tono “encantador” mientras le jalaba la oreja al niño.

-¡AH!

-Mujer deja al muchacho -dijo su marido con tono preocupado.

Después de aquel escándalo salieron todos rumbo a casa del anciano, al llegar el viejo estaba esperando con el ceño fruncido.

-Hasta que al fin se dignan a llegar –dijo el señor Ramón con disgusto.

-Ya sabes cómo son los muchachos de hoy en día –dijo la señora –Siempre con sus quejas.

-Sí, la juventud de hoy en día ya no se aguanta.

-¡Mujer! -Gritó el marido desde el auto.

-¡Ya voy!- Respondió dándole un beso de despedida a su viejo y a su hijo.

Khael observa como sus padres se van por la carretera en su Audi A4, El viejo se acerca a él y dándole una fuerte palmada y haciéndolo tambalear, le dice:

-¡Vamos!

-¿Vamos?, ¿a dónde?

-¡A conquistar el mundo! -Dijo con orgullo y con sus manos en las caderas.

Khael lo mira confuso y absorto, “a este viejo que bicho lo picó” -pensó.

-Viejo ¿estás bien? -Preguntó levantando una ceja

-Te va a gustar muchacho, te va a gustar -le responde jalándole del hombro.

Le comenta que van hacia el muelle a zarpar hacia el agua.

Khael pensó “Seguro vamos en una chatarra que ni prende”.

-Es ese ¿verdad? -Pregunto señalando un barquito que estaba prácticamente desarmado.

-No, ese no es, vamos.

-El viejo agarró la cabeza de Khael girándola en dirección a un crucero -Es ese de ahí.

Al muchacho se le iluminan los ojos tan solo ver el crucero, parecía un sueño.

-¡Imposible!- Decía con una expectante sonrisa soñadora “¿Cómo este viejo tiene para un crucero?”.

-Voy a trabajar en una película como Director de Cine, con un colega -explica el abuelo con calma

-Subamos.

-¿Trabajar?, ¿película?

-Pues sí, trabajar en una película como Director de Cine

-Le da un empujón hacia la entrada del crucero.

-Y ya deja la preguntadera y entra de una buena vez.

Ya a bordo del crucero se acercan a la recepcionista.

-Es la señora Teresa, la secretaria y recepcionista del crucero a quien le dieron ordenes de cuidarte, tú te vas a quedar con ella.

-¿EXCUSE ME? -Exclama Khael alzando la ceja.

-Háblame español, que yo no soy bilingüe para que me estés hablando chino.

-¡Se supone que yo estoy contigo!

-Usted cállese que estoy llegando tarde por culpa suya.

Khael lo mira y disgustado se queda con la secretaria “ahora me quedaré con esta bruja”.

Al rato estaba recostado en el sofá pensando en la vida, mientras se aburría cada vez más. “¿Qué será de mis amigos Miguelito y Manuelito?”.

-¡Ssssis!, ¡Ssssis! -Los pensamientos le fueron interrumpidos por un pequeño siseo a lo lejos; levantándose del sofá enfoca su vista para ver de dónde provenía el siseo.

-¡Hey chamito, ven, ven! -Dijo un niño acompañado de una niña detrás de un porrón.

Confuso, mientras procesaba la situación Khael se pre-

gunta: “¿Y éstos qué?”.

-Hey, ven, no mordemos -dijo el niño con una sonrisa encantadora.

Al escuchar eso los mira aun más raro, sin entender los que éstos querían.

-Vas a venir ¿Sí o no? -Pregunta el niño.

-¿Para qué o qué?

Al instante vio como la niña se le acercaba y de repente todo se volvió negro...

Al despertarse siente como lo están halando de los pies, al aclarar su vista nota que son los niños que estaban escondidos.

-¡Hey! -Khael se empieza a moverse desesperadamente para que lo suelten.

-¿Qué les pasa?

Lo sueltan haciendo que se lastime -¿Estás bien? -Pregunta el niño.

-Pues obviamente no está bien, míralo -dice la niña con seriedad.

-A pues perdón.

Khael los mira confundido y les pregunta -primero, ¿quiénes son ustedes?

El niño lo mira divertido y empatizando una sonrisa le dice -Yo soy Dilan Borges y ella es mi hermana gemela Elisa Borges.

Con un semblante serio gritó -¿Y por qué rayos me golpearon y me trajeron aquí en primer lugar!?

-Porque sí.

Elisa le da un golpe a Dilan por la cabeza y sonriendo contesto -no le pongas cuidado a mi hermano torpe, te trajimos porque queríamos jugar contigo.

Dilan lo vuelve a halar de la mano arrastrándolo a lo que parecía ser un set de grabación.

Un repentino clima lluvioso parecía empeorar la situa-

ción al mover la embarcación de un lado al otro, al tiempo que la niña, con los brazos extendidos y una sonrisa orgullosa, comenzó a señalar con su dedo a las personas que trabajaban ahí.

-Aquel de allá, se le conoce como soltero.

-¿Por qué?

-Porque siempre se queda soltero -responde Dilan soltando una risa junto a su hermana

-¿Y ya viste a “Tarzán”? -Se le conoce como “Tarzán” porque siembre parece un vagabundo que anda despeinado y porque a veces actúa como si viniera de la jungla.

Y ese de allá es “el dramático” porque siempre anda montando un show.

Elisa siguió hablando, mientras Khael toma el bate que ella había soltado y comenzó a fingir hacer un home rum como en los juegos de béisbol que siempre veía... El bate se le termina escapando de sus manos... Dilan veía como volaba por el aire.

Cuando Elisa decidió voltear para verificar si los muchachos estaban detrás de ella, lo que vio fue como el bate se dirigía velozmente hacía una de las costosas lámparas con velas que se encontraban en el medio del gran salón de grabaciones... Y se escuchó por todo el crucero, un estruendoso ¡CATAPLUUUM!

Haciendo que el dormilón despertara de su extraño sueño con la mano en el pecho, mientras al fondo se escuchaba un maternal grito familiar -¡KHAEL!

Lacruz Briceño, 65 años
Ingeniero y Abogado

Tridimensionalidad

El hombre dijo a la mujer: -Ella es como es, morena clara dirían algunos; por supuesto cuando no está maquillada. Nunca se nota que haya pasado hambre porque siempre esta gorda, robusta y no se le observan arrugas en su piel; pequeña o grande siempre tiene la misma complexión, es como se dice coloquialmente hablando una señora cuadrada.

Amado lector, no sé si habrá descubierto de quien se trata, afine su imaginación y su intuición mi querido Watson.

-La susodicha es de lo más común, ya que se encuentra en cualquier lugar y asequible para cualquiera, a Dios gracias en virtud de su utilidad y frecuente uso por todos, dada su dimensionalidad volumétrica que da cabida en su interioridad a objetos físicos, el fácil manejo y cero costos económicos. Para una descripción límpida y certera diré que su composición tiene origen en la madre naturaleza de donde emigra para el proceso.

La mujer que oía pasivamente susurró en tono apenas audible -Transformación tridimensional.

El hombre se quedó atónito ante la expresión poco común para referirse a la simplicidad e interrogó a la mujer que expresó tridimensional.

-¿En qué piensas que has dicho una frase no cónsona con esto que he traído?

-¡Ah entiendo tu perplejidad, olvidaba que no sabes de matemática y menos aún de geometría y trigonometría! Te lo explicaré a la hora de la cena, así también los niños co-

nocerán que es la tridimensionalidad de las cosas y de todo lo que existe; incluyendo los seres vivos por supuesto; de las cosas contenidas en la tridimensionalidad de ese objeto me ocuparé a la hora de hacer uso de los productos que has traído del mercado.

La mujer ordena al hombre que arregle la mesa para la cena y que llame a los niños, pues ya está listo lo que se va a comer, así que en pocos minutos todos estaban sentados ocupando sus respectivos espacios a fin de disfrutar los alimentos.

Lo traído por el hombre estaba ahí al lado, cerca donde todos cenaban, aguardando silenciosamente para ser registrado su contenido y para el uso didáctico que la mujer daría matemáticamente de la tridimensionalidad de los cuerpos sólidos y la generación de volúmenes delimitados por las coordenadas cartesianas en el espacio tridimensional.

La tarea pendiente se inició luego de un ligero reposo, la mujer se puso manos a la obra y solicitó que le colocaran el objeto en la mesa y le localizaran una cintra métrica para tomar medidas.

-Atención alertó, atentos; ahora con estas tres medidas vamos a trabajar, son tres medidas; de ahí la denominada tridimensionalidad que como verán no es cosa difícil de comprender; procedamos a multiplicar para obtener un objeto cubico volumétrico de forma tridimensional que representamos imaginariamente en un gráfico con el cual se dibuja un cuerpo valga la redundancia tridimensional. Eso es todo, ya sabemos que las dimensiones cúbicas tienen su base matemática que las hace posibles y que sin ello no tendríamos la utilidad de los envases que tanto beneficio dan a la humanidad.

-¡Viva la matemática y viva la tridimensionalidad -expresó la mujer; porque todo es tridimensional.

Epitafio

Los niños pobres son llamados por las campanillas de las Cancelas.

Es la hora del Magner se dijo el hombre; que es igual a un pan de trigo -eso es todo- hasta siempre nunca jamás pensó para sus adentros, cabizbajo y pensativo apreciaba la magia del paisaje de la sabana abierta en torno al pueblo.

Arrebatado por el embeleso del río y perdido en sus cavilaciones, se fue cautivado por las calles que saltan y las piedras que gritan, mientras se guardan entre las arenas al medio día cuando el sol más quema.

Él era un fantasma oculto en el rumoroso correr de las aguas peinadas por la cálida caricia de la diurna luz, en la natural presencia de sus embrujos lunares.

Era el epitafio de su propia tumba que no había sido escrito aún y él, regresó para dictarlo con las diáfanas palabras del recuerdo: Cancelas, Magner y embeleso.

Juan Manuel Hernández Velásquez, 43 años
Licenciado en Desarrollo Cultural, Actor de Teatro

Ciudadano culposo

El pueblo era una prisión. Sus calles, laberintos sin salida. Cada casa, una celda. Y el hombre, el pueblo mismo, estaba encadenado a sus recuerdos. Su mente, un calabozo húmedo, donde los fantasmas del pasado lo torturaban.

En la plaza principal, donde antes se celebraban fiestas, ahora solo había silencio y ruinas. En una pared, descascarillada y sucia, alguien había escrito con lápiz labial: “Traidor”. La palabra, como un estigma, marcaba al pueblo y el pueblo, a su vez, se sentía marcado.

Los recuerdos lo asediaban. La risa de ella, ahora una carcajada burlona. El tacto de su mano, ahora una garra fría que lo estrangulaba. Cada esquina, cada ventana, era un espejo que reflejaba su fracaso.

En medio de su andar por ese triste lugar, oía una voz. Una profunda voz, que resonaba en su interior como eco en un pozo sin fondo. La voz de su conciencia, del juez implacable que lo condenaba.

“Traidor”, repetía la voz, mientras una sombra lo envolvía, fría y opresiva.

La sombra se materializaba, tomaba la forma de inquisidor con ojos de brasas, penetrando en su alma. Sus palabras, se clavaban en su carne.

“Has fallado”, decía. “Has abandonado a los tuyos”.

El pueblo, a través de los ojos del hombre, se veía a sí mismo como un enfermo desahuciado. Cada edificio era una cicatriz, cada sombra una muesca de lo que había sido.

Los sonidos lo atormentaban. El viento ululaba como la-

mento, las ramas de los árboles arañaban las ventanas, eran garras desesperadas.

Y siempre, la voz del inquisidor, susurrando acusaciones.

A veces, la voz venía de atrás, como si lo persiguiera. Otras veces, de frente, como si lo interrogara. Y a veces, de todos lados a la vez, envolviéndolo en una red de sonidos y oscuridad.

El hombre se arrastraba por las calles, buscando un refugio inexistente. Su cuerpo, consumido por la culpa, se debilitaba. Cada paso era una agonía y cada grito un lamento sin contesta.

Y allí, en la oscuridad que lo abrazó, se convirtió en una sombra más del pueblo sombrío, una sombra que nunca podría escapar de sí misma, porque él en su pena, creó en su mente el pueblo, y el pueblo se había convertido en su purgatorio.

Y él, se volvió un eterno condenado, vagando en las calles desiertas, buscando un perdón que nunca llegaría.

No más rebotes

Casi dormido, soltando su último aliento, olvidado en el basurero municipal, entre latas oxidadas y restos de noticias pegadas a un diario de meses. Solo el atardecer le envolvía en su dorada luminiscencia. Ya antes el sol había quemado su piel, ahora resquebrajada. El aire, que una vez lo llenó haciéndolo ser veloz, seguía escapando de su ser que exhalaba cada vez más débilmente. Sintió turbia la imagen frente a él, o lo que quedaba de él, entonces, simplemente recordó.

Llevó su vida rebotando alegre por el césped verde bajo un cielo a ratos azul, a ratos nublado. Los niños lo impulsaban con fuerza, y sentía que volaba feliz. Los perros le perseguían, pero era rauda y esquivaba sus feroces colmillos. Fue el centro de innumerables juegos, de risas, podría decir la ingenua y verdadera felicidad.

Pero como en toda historia, llegaron los malos tiempos. El certero golpe a su costado, le desvió hacia la calle. Aunque el viejo coche logró esquivarlo, su roída lata del guardafango lo había alcanzado, dejándole una minúscula cicatriz cerca de su marca. Había rodado por las alcantarillas, se había perdido en los jardines y había sido olvidado bajo los arbustos, pero jamás sufrió una pena como esta, desgastante y silente.

En todo había encontrado belleza. En esa caricia de la noche mientras retozaba en la superficie del jardín, el rocío de la mañana bañándolo en frescura, el calor del sol en un día de verano, filtrando el agua sucia de una charca que la llovizna había obsequiado. Había aprendido a apreciar los pequeños momentos, los instantes de paz entre la tormenta.

Ahora, el final estaba acercándose, el fuego sobre los diarios acercándose a su piel le producía una extraña calma.

Fue una buena vida, suspiró, llena de aventuras y emociones. Conoció la alegría del amor y la tristeza del abandono. Encontró en esos restos en que se convirtió la renuncia al apego que atormenta.

En su esencia esférica, por un instante volvió a ser el campo verde, el cielo azul y los niños riendo. Y su herida se volvió sonrisa, una que solo él podía sentir. Y con el último aliento que quedaba en su interior, se dejó consumir por las llamas, desapareciendo en el humo que se eleva al cielo.

Así termina esta, la historia de un balón más, aquel que una vez había sido parte del grupo de niños jugando bajo la lluvia, ahora encontraba su final en el basurero municipal. Aún hoy pasados los años, el recuerdo de la alegría que brindó, perdura en la memoria de aquellos que lo siguieron bajo el verde esperanza del patio de juegos.

Girson Pinto, 54 años
Abogado, bibliotecario, atleta

Relato en tiempos de coronavirus

El día amaneció iluminado por un sol radiante y Girson Pinto (hombre de los mil caminos y una torta con café; eso sí, con poca azúcar por la salud, ya saben) se puso en pie para realizar todas las tareas pendientes, de modo que le quedara tiempo para ir a la fiesta de Quebra' seca (cumpleaños de Elvia, su hermana, en Mango Redondo), que decían iba a estar muy buena.

Habiendo ya terminado lo pendiente, montó su caballo blanco (moto de 150 cc), se apertrechó la chamarra (suéter de motorizado) y se encaminó muy sonriente hacia su destino.

Pasó por Pan de Trigo a buena velocidad. Saludó más adelante a unas gentes que estaban cerca de la universidad y, cuando iba acercándose a la "curva Isaera", notó cómo algo extraño empezó a cambiar en el ambiente.

¡De repente se puso nublado y muy oscuro! Una helada brisa empezó a calarle los huesos y sintió que los pelos se le pusieron de punta. Entonces taloneó a su caballo-moto para que apurara el paso, pero eso no fue posible, sino que pasó todo lo contrario: el tiempo se ralentizó tanto que perdió la velocidad y, repentina e increíblemente, oyó unos pasos dentro del propio monte tupido, acompañados de un silbido penetrante: «¡fiu, fiu, fiu, fiuuuuu!»...

Pero ya era tarde; era inevitable aquel acontecimiento horroroso que se le venía encima. Intentó rezar, pero no le salía ni una palabra; intentó bajarse y correr, pero no sentía las piernas, y fue cuando pudo ver la figura de un hombre

ensombrerado y espeluznantemente alto que se abalanzó sobre él.

Muy lleno de terror y con el corazón a punto de salir de su pecho, no le quedó más remedio que luchar contra aquello que no sabía bien de qué se trataba, pero que tampoco deseaba averiguar: lanzó unos garrotazos al aire (alicatazos) y, a su vez, acusó un par de golpes al hígado, muy dolorosos.

Luego de segundos de interminable forcejeo, cayó en cuenta de que aquel espectro ensombrerado era el mismísimo Silbón. Sí, señores, así como lo oyen: el coronavirus contagió al propio Silbón y se apoderó de él, conllevándolo a cometer semejante barbaridad de estar asustando y atacando al que por allí pasara; o sea, un acto involuntario.

Esto iba en contra de sus principios, ya que su papel en la historia es el de formar parte del folclor de nuestro llano y enriquecer el acervo cultural de Venezuela. Por su parte, Girson Pinto quedó tan desprovisto que, al volver en sí, se dio cuenta de que, en vez de subir, ya estaba nuevamente cerca de su casa; o sea, tanto fue el terror que lo que hizo fue devolverse.

Y fue así como la leyenda empezó a expandirse por todos los pueblos de la región: de cómo el coronavirus impidió que Girson Pinto —hombre de los mil caminos por llegar a una pica' de torta— incumpliera con lo que tanto le gustaba: no pelarse ni una fiesta en el pueblo de Quebra' seca (su querido Mango Redondo) con torta, café, música del Rayito, su sobrinito, y compartir con su gente zapateando un joropo recio en medio del propio llano.

Mienta la gente, o los pocos quienes han logrado ver al espanto, que sigue llevando su saco tradicional, su sombrero y un tapabocas por si las moscas, camarita; no vaya a ser que lo vuelva a atacar el malvado coronavirus (saben, por eso de las defensas bajas) y así volver a causar tantas moles-

tias, cosa que no le agrada mucho, ya que, según él mismo, ya está cansado y muy viejo para esas gracias...

Rachel Lartiguez, 15 años

Estudiante de cuarto año de bachillerato, escritora y dibujante

La hermana mayor de todos

Martha Anastassia Lalaguna Martínez o también conocida como “Misty”, era una migrante venezolana que vivió en Stoke-on-Trent - Inglaterra.

Nació en Trujillo, Venezuela, era de apariencia delgada, piel trigueña, ojos claros con grandes círculos oscuros debajo de ellos, de baja estatura y con un cabello corte y rizado, casi afro.

Su hermano menor Sebastián Lalaguna, también conocido como “Shory” y su madre Zenaida Martínez, conformaban su familia biológica, ya que el padre los había abandonado apenas nació Shory.

Misty era una chica que se destacaba por su fuerte personalidad, pues era astuta, celosa, ambiciosa, algo obsesiva y sobreprotectora. Incluso, en el colegio, los demás estudiantes hablaban de ella diciendo de una forma un poco discriminativa: “Mírala, esa piel colorada y ese corto cabello rizado; mírala, esa chica casi mujer que va imponiendo respeto con su caminar, es muy elegante para ser de su país”.

A pesar de tener a su hermano menor y a su madre como familia, a quienes amaba profundamente, ella también quería enormemente a tres personas más: Staicy, Stuart y Valeria, a los dos primeros los adoraba, eran como sus hermanos menores, tanto para ella como para Shory, así como unos hijos más para Zenaida. A Valeria la quería muchísimo, incluso se podía decir que más que a una amiga.

Misty siempre era muy sobreprotectora con todo el mundo en el colegio, por lo que era llamada “la hermana mayor

de todos”.

Con la llegada de “El holocausto moderno”, los matones le propusieron una oferta a Misty: “La dejaremos vivir si solo nos entrega al peliazul, a la gorda y a Akocho. Si no lo hace, los dejaremos vivir, pero usted tomará sus lugares... ¿Qué elige?”.

Después de recibir esta oferta, Misty cepilló el frondoso cabello de Staicy, le dijo a su madre que dejaría de fumar comió un helado con Stuart y dejó todas sus pertenencias y provisiones en el kiosco de Valeria a nombre de Staicy y Stu para que ella se los guardara y al finalizar el día, la chica fue al gimnasio del colegio, donde fue vista por última vez la querida hermana mayor de todos...

No juzgar

Dentro de una caja de tamaño mediano, en cuyo exterior tiene escrita las palabras “No tocar”, se ocultan 60 pequeños dientes de variados orígenes, cada uno con su propia historia, cada uno con su propio dueño, algunos caídos naturalmente, otros no.

Lamentablemente, no muchos verían la belleza que estos 60 llevan dentro, pues lo primero que ven los ojos es el exterior (son muy superficiales), por lo que esas hermosas 60 perlas dentales son cuidadas del daño sentimental.

Son guardadas en una caja mediana, cuyo exterior debería tener escrita la frase “ No juzgar”.

Despertar

Después de dormir durante 200 años, Darling despertó durmiéndose de nuevo, desde luego, desvelándose durante 200 años más.

Mi “dormilonita”, decía su hermano, cuyo nombre no puede conocerse...

Después de 200 años despierta, desvelándose, durmiéndose se acostó de nuevo durante 200 años más, todos esperando su despertar.

Wilmer Angarita

Bibliotecario, Poeta, Periodista

El Joyero

Como todas las cosas que suceden en el plano onírico, todo fue interrumpido por un extraño visitante que me invitó a partir y noté que mi estado corpóreo se desvaneció, también pude sentir en su extraña compañía un silencio perturbador.

Sin embargo, ese silencio no era tan inquietante como lo que vimos... Unas exequias, abrazos, una lágrima en el hombro, algunos se marcharon cabizbajos y en el devenir todo fue a lo largo de los nueve días retomando “la normalidad”.

Lo que fue mi hogar, se sentía más grande más vacío; la ausencia pintada en los rostros la inútil espera...

Mi alma parecía tener una pequeña pero significativa memoria; ya que en otro plano mi levedad ahora libre, sin el agobiante y pesado cuerpo físico, hacía que sentirme libre fuese una nueva experiencia.

Percibí que en este nuevo mundo conocería nuevas entidades, al partir noté que llevaba una especie de “pequeña mochila celestial”, mi acompañante me indicó que solo cuatro cosas de gran valor podía llevar, dicho esto entre tantas almas y sus respectivas dinámicas, se desvaneció entre ellas.

Las cosas de valor, me pregunté qué haré con eso: una piedra de oro puro, una perla rosada, un rubí y un diamante. Cuando seguí avanzando logré divisar entre la multitud lo que parecía un viejo joyero, tenía el donaire muy particular y a la vez misterioso; dicen que a Dios lo encuentras

en cualquier lugar y a veces en personas que ni sospechas.

Al aproximarme le pedí un gran encargo a el “joyero de los espíritus”, a lo que me respondió -Bendito el que viene a mí, ¿qué deseas hijo mío? -Su pregunta lejos de intimidarme fue lo contrario, le arrojé sin ninguna duda mi petición.

-Solo le pido cuatro piezas de gran valor: una corona de oro con un rubí en el centro, una cadena de oro con una perla rosada alojada en el lado izquierdo y por último un anillo de oro con un diamante.

Me miró y con aire confundido me pregunta -¿Es todo lo que pides? Me parece que dijiste cuatro piezas de gran valor, te falta una.

-Amigo, ya le explico: la corona porque siempre me sentí como el rey más amado el rubí en el centro, por mi hija mayor; desde que se fue del país siempre la tuve en el centro de mis pensamientos.

La cadena de oro con la perla rosada en el lado izquierdo, por mi hija la del medio, siempre estuvo en mis mejores momentos abrazada a mi cuello; ella siempre la tengo en el lado del corazón así la recuerdo siempre.

El anillo de oro con el diamante por mi esposa, el amor más hermoso y puro lo viví con ella y llevarlo en mi mano es mi mayor orgullo.

El joyero en silencio me observaba y una vez que hice una pausa de mi explicación, me inquirió -son tres hasta ahora, por lo que dices solo falta uno, tu hijo ¿qué hay de él?

-El oro en cada pieza es mi muchacho; pues para todos los que vivieron conmigo, siempre fue él quien sostuvo cada pieza en su mejor lugar y les dio su máximo valor.

Salvador Pinto, 16 años
Estudiante de quinto año de Bachillerato

El rumbo de la historia

Él es un ser que ha vivido mucho tiempo en el mundo, y, al sentirse aburrido de éste, decide dedicarse a la ciencia. Pinocho era una criatura mágica, tallado con una madera fina, exquisita, firme y hermosa; elaborado, específicamente, con ocho tipos de pinos diferentes, de procedencia inglesa, en el lugar más recóndito de la ciudad de Londres.

Justamente de allí se origina su nombre, al tener tanto tiempo de vida por la magia que en él radica, se dedicaría rotundamente a la ciencia, logrando un gran e importante descubrimiento en torno a la evolución de la humanidad, “Los viajes en el tiempo”; de esta forma, se embarcaría accidentalmente hacia una época inusual e interesante: La Europa del Siglo XV, específicamente en el año 1492.

Nos remontamos a Barcelona, España. Pinocho estaba en un castillo, pertenecientes a Isabel I de Castilla y Fernando de Aragón, quienes fueron los primeros Reyes de España. Era un imponente castillo de carácter defensivo militar, con influencias italianas y con elementos decorativos y arquitectónicos propios del Renacimiento; con una planta rectangular y cuatro torreones circulares en sus esquinas, el castillo estaba rodeado por un foso.

Su puerta de acceso, defendida anteriormente por un puente levadizo, presentaba un arco de medio punto, el interior albergaba un patio de armas central y varias estancias que, en épocas pasadas, sirvieron como viviendas y áreas de servicio; allí, el joven de madera observó un suceso que formaría parte de un hallazgo imprescindible: un hombre,

conocido como Cristóbal Colón, estaba reunido con los reyes de España, para hacerles la propuesta de su proyecto, luego de su fracaso con el rey Juan II de Portugal.

Ellos accedieron a la firma de las Capitulaciones de Santa Fe, en las que se disponían las exigencias del navegante y accedían a financiar su expedición; después de esto, Pinocho, quien estaba oculto en una especie de habitación, se bajó del banquito desde donde vislumbraba, a través de unos barrotes, al navegante genovés.

Justo en este momento, pondría su huella en la historia, ya que al bajar y sin intención, tropezó unos papeles, que eran precisamente los planos cartográficos para el viaje marino de Colón, lo que a su vez hizo caer también una pluma con tinta encima del plano, dibujando al azar una fina y nueva ruta marítima, sin saber que esa acción llevaría al descubrimiento, meses después, de un nuevo continente.

Inmediatamente decidió que lo mejor era regresar a su era natal, donde siguió dedicándose plenamente a la ciencia; transcurriendo su existencia en un mundo de aventuras, donde nunca se sabe qué va a ocurrir, o como cambiarás definitivamente el rumbo de la historia.

Anastasia Verona Angarita Roffé, 16 años
Estudiante de quinto año de Bachillerato

Presente en la adolescencia

Dicen que ser adolescente es la mejor época, pero nadie habla del examen constante...

Tienes que ser bonita, pero natural, inteligente pero no presumida, segura pero intensa, divertida pero no escandalosa, perfecta sin que se note tu esfuerzo.

Te miran, las amigas te miran, los niños te miran, los adultos que dicen "aprovecha tu juventud", como si no doliera.

Tienes que sacar buenas notas, tener claro tu futuro, elegir una carrera, como si a los 16 años ya supieras quien eres y quien vas a ser para siempre.

Tienes que ser buena hija y tienes que ser buena amiga, buena novia, buena persona y todo el tiempo sentirte agradecida.

No enojarte mucho, no llorar tanto, no engordar, no equivocarte, no ser demasiado.

Pero nadie te enseña cómo se carga un cuerpo que cambia, una cabeza que piensa mucho, un corazón que siente el triple que otros...

Ser adolescente es caminar con mil expectativas pegadas a la espalda como si fueran etiquetas de precio, y preguntarte en silencio cuanto vales con todas esas expectativas.

La verdad es que es difícil... La verdad es que mucho...

Porque mientras el mundo exige versiones finales de nosotros, apenas estamos en lo borradores...

Y eso también debería estar permitido.

Lucciana Alvarado, 14 años
Estudiante de segundo año de Bachillerato

Ecos de la eternidad o miradas en el vacío

La luna nos canta canciones, las olas del mar se acercan a nuestros pies, las hermosas estrellas deslumbran el camino a la arena pegajosa que siempre se queda en nuestros pies.

Aquella brisa tan suave nos pasa por la cara, mirando el dulce atardecer, mirando aquella luna que nos aguarda, esperando una tarde sin anochecer, queriendo hacer juntos para una eternidad.

¿Por qué los lazos que nos unen siempre dejan dudas? Preguntas sin alguna respuesta del universo, lo único que siento es que quiero despegarme de todo este sufrimiento.

Tu amor siempre ha estado perdido en mis ojos, el cual yo aún sigo buscando sin obtener una respuesta de tu parte, sin ningún suspiro o falta de aliento. Aún sigo extrañando aquella mirada perdida en un vacío interminable.

Mercedes Méndez, 62 años
Docente jubilada

El fin del mundo

Se acerca el fin del mundo... Se me asigna una misión; solo puedo salvar a diez personas, antes de que esta catástrofe ocurra, para refundar la tierra.

Salvaré a...

Un Escritor, para que redacte nuestras historias.

Un Ingeniero, para reconstruir el mundo.

Un Docente, para que nos enseñe y nos eduque.

Un Cristiano, que nos enseñe a amar a Dios.

Un Médico, para que cuide de nuestra salud.

Una Enfermera, para curar nuestras heridas.

Un Bombero, para seguir su ejemplo de amor al prójimo.

Un Albañil, para que nos enseñe a edificar.

Un Comediante, para animarnos en medio de la tristeza.

Y a mí, para que exista este cuento.

María Abreu

Docente, Poetisa y Escritora de corazón

La cigarra llanera (Moraleja)

Hace algún tiempo escuché sobre una cigarra llanera Oriunda de San Carlos en el estado Cojedes, le encantaba entonar lindas melodías al parsimonioso ritmo de su especie, pero a diferencia de otras, era muy alegre y risueña. Tenía muchos amigos, entre ellos una grilla, una avispa, un hormigón y como en toda historia nunca falta el malo, Don Joselón, el sapo glotón, quien le tenía envidia y reía a carcajadas cada vez que la escuchaba cantar.

Un día la cigarra llanera sintonizó la radio y justo en ese momento anunciaban un concurso para un conjunto, donde en el primer lugar había mucho dinero que ganar; de inmediato llamó a sus amigos para informar del evento y pedirles apoyo, la grilla tocaría el arpa, la avispa las maracas y el hormigón el saxofón. Duraban días y horas ensayando mientras que por otro lado Joselón, el sapo glotón, buscaba la forma de arruinar su iniciativa.

Un día mientras los amigos de cigarra la esperaban para el ensayo, Joselón aprovechó la ocasión para sembrar cizaña entre la avispa, la grilla y el hormigón, afirmando que cigarra solo se aprovechaba de ellos porque al ganar el evento ella se quedaría con el premio mayor.

En un principio estas palabras causaron un poco de dudas, mas sin embargo, empezaron a reconocer lo generosa y bondadosa que era la cigarra, dando por entendido que cuando la amistad es sincera no existe maldad alguna. Lo que ellos no sabían es que cigarra llanera estaba detrás de la puerta escuchando la explicación y sapo glotón al ver llegar

a cigarra se sintió acorralado, intentó retroceder y sin darse cuenta cayó estrepitosamente en un hueco enorme.

De los nervios Joselón el hormigón reconoció sus errores y pidió disculpas a cigarra por sus mentiras. Cigarra tan generosa no sólo lo disculpó, sino que también lo invitó a formar parte del conjunto. El día del concurso anunciaron la esperada y gran victoria de cigarra y su conjunto. Así que nunca te dejes llevar por comentarios sin pruebas, muchas veces la maldad se disfraza de bondad para acechar sin importar el daño que causa.

Sergio Cárdenas, 30 años

Docente de cultura, actor de teatro y dramaturgo

Un genio frustrado

A la sangre que rompía mi piel le declare la guerra, renegando del conocimiento, un péndulo extraño de ignorancia y arrogancia, soy un Ángel que no ha subido al cielo, vida o muerte en cuál historia se sufre menos, yo comprendo solamente que existo en una batalla por sobrevivir. No tengo adversario, y mi competencia son mis prejuicios, tiempo de descanso, duermo en un delirio de grandeza que está pegada al subtítulo impotencia, cuestiono las verdades en una mentira que ya no recuerdo por pensar, puedo tener aquello que contradice mis incertidumbres, puedo ser una locura para los cuerdos, puedo razonar lo que nadie analiza, no por difícil que sean, por el contrario por ser tan fáciles, que no importa en el tiempo que respuesta tienen, eso lo pienso yo, y ahora tengo miedo de mi soledad, o peor, de las compañías que hacen daño, pero no juzgo a las personas, no puedo odiar aun cuando me lastima directamente o sin intención, pero mi inteligencia es algo más complejo pues solamente pienso para ser el más idiota y que piensen este ignorante no sabe nada de la vida, pero por vueltas de la vida se demuestra que los idiotas son otros.

La Creatura, Antología del Taller de Creatividad
Literaria Crea-tura (2024 – 2025), compilado
por Willian Ramírez, se terminó de editar
electrónicamente en San Carlos, República
Bolivariana de Venezuela, en julio de 2026 bajo los
cuidados del Fondo Editorial Ramón Villegas Izquier.

En su edición se utilizaron fuentes Adobe
Garamond Pro y Calibri.



Willian Ramírez es un reconocido autor cojedeño con seis libros publicados, tanto en poesía como en el área de la comunicación; sus textos narrativos han aparecido en diversas antologías nacionales. Es Profesor Ordinario de Lenguaje y Comunicación y Literatura en la UNELLEZ-VIPI. Con más de tres décadas de experiencia tanto en la participación como en la instrucción de talleres literarios, se ha desempeñado en la gerencia cultural del área literaria, ganador del Premio Nacional de Literatura Carlos Noguera en el año 2019 y Escritor homenajeado de la FILVEN-Cojedes ese mismo año.

ISBN: 978-980-8187-03-8

